

todo poema, como en el inconsciente— por afinidades y contrastes, saltando de un idioma a otro, de Joyce a la tragedia griega, y no en función del sentido o del tema. El tema, si Samoilovich se rebajara a producir aforismos, podría quedar definido como un producto de la fe racional en el lenguaje. Pero decir tal cosa sería «risidículo» e incluso «dangeroso».

El autor, como en todos sus libros recientes, pega el zarpazo existencialista desde lo más hondo de la frivolidad. Metafísica que se burla de la metafísica, *El despertar de Samoilo* es un conjunto de espejos, el barroco y el clásico, el romántico y el modernista, el expresionista y el post-moderno, que giran para reflejar el siglo XX, un siglo que hace parodia pero «non sabe/ ni cómo ni por qué».

Mariano Peyrou

El silencio protagonista. El primer siglo jesuita en el Virreinato del Perú 1567-1667. *Laura Laurencich-Minelli / Paulina Numhauser Bar-Magen (ed.), Quito: Abya-Yala, 2004, 228 pág.*

En este volumen se publican las actas de un simposio del 510

Congreso Internacional de Americanistas que se celebró en 2003 en Santiago de Chile. El simposio llevaba el mismo nombre que aquí figura como subtítulo. «El punto de vista europeo-cultura y política jesuita bajo Claudio Acquaviva (1581-1615)», de F. Rurale, más que exponer esa política muestra sus presupuestos históricos: 1) la importancia de la religión en los estados europeos y 2) la fragmentación del poder, tanto en las organizaciones políticas como en las de tipo religioso. Los jesuitas no fueron una excepción: tuvieron confesores e importantes asesores teológicos en las cortes; sufrieron enfrentamientos con autoridades religiosas como Carlos Borromeo, pasaron por un proceso de «des-hispanización» que produjo choques internos; fueron acusados de inmiscuirse demasiado en política; diversos miembros instaron a reformar la Constitución de la Sociedad; y un grupo de avanzada luchó en América del Sur por liberar a los indios de los abusos de la encomienda.

A. Colajanni, con «El virrey Francisco de Toledo como «primer antropólogo aplicado» de la Edad Moderna», sustenta este apelativo con la importancia que dio el virrey a la investigación de campo (su visita general de cinco años de duración) y a la recopilación de valiosas informaciones

sociales (lo recolectado en la visita abarca varios tomos). Colajanni se concentra luego en la relación entre Toledo y los jesuitas, pero no olvida indicar que la antedicha recopilación (congruente en forma y contenido con otras de la misma época aunque más voluminosa) tuvo como finalidad la preparación de decisiones políticas. Estas, a su vez, estaban orientadas a fundamentar la autoridad del monarca español; Toledo usó las informaciones recopiladas sobre todo para «demostrar» que los incas habían sido tiranos y, por tanto, dominadores ilegítimos, con lo que el rey de España venía a convertirse en liberador de los indígenas. Como al mismo tiempo Toledo destruyó toda autonomía indígena, y puesto que, ya antes de salir de España, había solicitado misioneros jesuitas pretendiendo nombrarlos él mismo (!), no estaría de más ver, en su actividad de escribiente meticolosísimo y coleccionista irrefrenable, una personalidad más neurótica obsesiva que antropológica.

«El conflicto interno de la Compañía de Jesús sobre las doctrinas de indios en los años 1568-1608 y el papel de Diego de Torres y Martín de Funes en su solución» es un resumen que hace G. Piras de su libro *Martín de Funes S.I. (1560-1611) e gli inizi delle riduzioni dei gesuiti in Para-*

guay, libro donde la esclarecedora exposición del trasfondo ideológico de la actividad jesuítica en Sudamérica abarca mucho más espacio que el tema biográfico y el paraguayo puestos de relieve en el título.

Con «José de Acosta y la sombra de Felipillo», M. Guerre se adentra en los problemas lingüísticos de la conquista y la catequización. Mientras doña Marina prestó buenos servicios de intérprete en México, pésimos fueron los de Felipillo en Perú. Las autoridades religiosas se abocaron luego a la confección de catecismos en lenguas indígenas. Para lograr la necesaria unidad en la terminología teológica se acordó reducir las variantes del quechua a la cuzqueña, asunto muy problemático. Además se prohibió la intervención de intérpretes en la confesión. Acosta opinaba que había que eliminarlos también de cualquier actividad catequética; primeramente pensó que convenía aprovechar los mestizos y formarlos como intérpretes, pero luego notó que el haberse criado entre indios los inhabilitaba para una transmisión ortodoxa de la fe, así que dio en sostener que la única solución era difundir entre los indígenas el quechua cuzqueño.

Más reflexiones lingüísticas hace Vito Bongiorno en «ideología lingüística y contexto en fuen-

tes coloniales andinas», refiriéndose sobre todo a Alonso Borregán, Domingo de Santo Tomás y al Anónimo Jesuita. Pero las organizadoras del simposio tenían una prioridad mucho más específica que la indicada en el título; ambas defienden la autenticidad de los documentos descubiertos hace pocos años en Nápoles por Clara Miccinelli, según los cuales el autor de la *Nueva Corónica y Buen Gobierno* no sería el indígena Guaman Poma sino el P. Blas Valera (texto) y el coadjutor Gonzalo Ruiz (ilustraciones), ambos jesuitas mestizos chachapoyanos. En «Los manuscritos Miccinelli como testimonios de la evangelización jesuita del Perú», D. Domenici resume el libro *I nodi segreti degli incas* que había publicado en 2003 junto con su padre V. Domenici y que es, en mi opinión, la síntesis más objetiva aparecida hasta el momento sobre la intensa polémica desatada por los manuscritos napolitanos.

«El silencio protagonista: Luis López y sus discípulos», de P. Numhauser, se centra en la figura de uno de los 8 primeros jesuitas llegados al Perú (1567). López fue, además, maestro de los dos jesuitas mestizos antedichos. En 1578 fue juzgado y condenado por la Inquisición por los cargos de fornicación y herejía, pero se sabe que la verdadera causa fue su

crítica a la política colonial española. Esta crítica, similar a la expresada en la *Nueva Corónica*, consta en un cuadernillo que la Inquisición requisó a López. El origen de todo ello fue un incidente que provocó un enfrentamiento entre algunos jesuitas y el virrey Toledo. Como el famoso Acosta (provincial de los jesuitas peruanos en aquel entonces) se puso en favor de Toledo, Numhauser lo llama «intrigante». Y como no se conoce ningún escrito jesuita sobre el incidente, la autora deduce que hubo una conspiración del silencio y que no aceptar actualmente los documentos Miccinelli equivale a ponerse del lado de los conspiradores...

S. Hyland, a su vez, en «Valera, Falcón y los mestizos del Perú» narra cómo en Lima, en 1551 y 1567, se había condenado la ordenación sacerdotal de indios, dejando la de mestizos a la discreción de los obispos. A finales de los 70, en cambio, la Corona prohibió ordenar mestizos. En 1582 los jesuitas peruanos decidieron no volver a admitir mestizos en la Sociedad y mantuvieron esta norma hasta su expulsión. En el Tercer Concilio Limense (1582-83), los obispos votaron a favor de la ordenación de mestizos; el abogado Francisco Falcón, que fungió allí de testigo, opinó otro tanto en 1583; Hyland saca a relucir los

manuscritos hasta ahora inéditos de dicho testimonio. La relación con Valera es marginal.

«Quipu y «escritura» en las fuentes jesuíticas en el Virreinato del Perú entre la mitad del siglo XVI y la primera mitad del XVII», de L. Laurencich, compara lo dicho sobre los quipus por los cronistas jesuitas conocidos y por los documentos Miccinelli también supuestamente jesuíticos. El Tercer Concilio Limense había condenado los quipus y ordenado quemarlos. Los cronistas jesuitas conocidos, que escribieron todos más tarde, se interesaron siempre por los quipus y consignaron la existencia de algunos con textos (aparte de los quipus numéricos). Los documentos Miccinelli contienen un quipu con texto y su traducción (Súmac Ñusta); el problema es que, entre los quipus conocidos, ningún otro emplea esos pendientes de valor simbólico (tocapus) que supuestamente conforman una escritura ideográfica de base silábica.

R. T. Zuidema, finalmente, estudia en «El quipu dibujado calendárico llamado pachaquipu en el documento Exsul Immeritus de la colección Miccinelli» entre dicho quipu (12 meses lunares + 10 días extra, pero estableciendo mediante colores la correlación con un calendario solar de 12 meses de 30 días + 5 extra) y el

calendario incaico reproducido por otros cronistas. Importan los nombres de los meses, que ostentan semejanzas pero sobre todo diferencias; las semejanzas se dan especialmente con Guaman Poma. Pero Zuidema rechaza la posibilidad de que el autor sea Valera, sino que piensa más bien en alguien que haya conocido la *Corónica* de Guaman Poma, por ejemplo el jesuita Juan Anello Oliva (cosa que Laurencich rechaza en nota de p. 202).

Prescindiendo de los incontables errores de lengua (estos especialistas no tienen conciencia de que su castellano es deficiente), el resultado es positivo: una suma de avances, a veces minúsculos pero siempre laboriosos, en el estudio de una época y una organización religiosa de suma trascendencia en la historia colonial de Sudamérica.

Agustín Seguí

El desierto, Carlos Franz, Mondadori, Barcelona, 2005, 420 pp.

La violencia y los desmanes que han provocado las dictaduras latinas han sido contados hasta la saciedad produciendo el consiguiente hartazgo en el lector que